Daniel Campusano

NO ME VAYAS A SOLTAR

A Lautaro,
en memoria,
siempre,
por verme en cada una de sus cosas.

"Nuestros «malos alumnos» (de los que se dicen que no tienen porvenir) nunca van solos a la escuela. Lo que entra a clases es una cebolla: unas capas de pesadumbre, de miedo, de inquietud, de rencor, de cólera, de deseos insatisfechos, de futuras renuncias acumuladas sobre un fondo de vergonzoso pasado, de presente amenazador, de futuro condenado. Miradlos, aquí llegan, con el cuerpo a medio hacer y su familia a cuestas en la mochila".

Daniel Pennac, Mal de escuela

"¿No ves
que la luz está apagada?
No me digas que no entiendes
que la puerta está cerrada.
No tires del picaporte…,
el que se reía,
el que me abrazaba
no es tu estudiante".

Wislawa Szymborska, Risa

1

No dejaba de imaginarme a los sesenta años aguantando un ataque de tos. Entumido, calvo, encorvado, esperando la jubilación, reclamando horas libres, evadiendo alumnos, poniéndole tickets a las pruebas sin leer las respuestas. Acababa de aprobar el último curso del programa de Formación Pedagógica y no me conmovía en lo más mínimo haberme convertido en profesor de colegios. Solo experimentaba la liviandad de sacarme el peso de clases soporíferas, de centros de prácticas donde me cobraban por el café, el azúcar y el lavaloza. Por entonces vivía la sensación de estar involucrándome en algo ajeno, de estar en una calle equivocada donde, en algún momento, tendría que pagar un peaje muy incómodo para salir ileso. Todo lo relacionado a educación lo iba asociando a una zona gris y nebulosa. Un laberinto frío color cemento.

Los días siguientes a mi titulación intenté conseguir un puesto en alguna editorial donde pudiera corregir textos escolares. O mejor dicho, en un lugar donde pudiera trabajar en silencio: lejos de una sala de profesores, de expertos en didáctica, políticas educacionales, psicología juvenil y tipos de liderazgo. El verano del 2012 se diluyó entre el pesimismo y el desánimo. Comencé a tomar ansiolíticos e inductores de

sueño que mezclaba con alcohol para liquidar el insomnio. Las mañanas se hacían lánguidas y las horas que dormía rechinaba los dientes hasta romper las tapaduras.

Así, la última semana de febrero avanzaba lenta cuando recibí el llamado de la mamá de un amigo de infancia. Esa misma noche Rebeca me recibió en su living, advirtió mi baja de peso, me preguntó si seguía escribiendo poemas, emitió un suspiro largo y me ofreció un puesto vacante en el colegio que ella coordinaba. Me contó que una semana antes de comenzar las clases la profesora que se haría cargo del octavo encontró una amenaza en su parabrisas. Y adelantándose a mis inseguridades, me dijo que todos los ofrecimientos llegan por algo, que los desafíos deben enfrentarse, que no se puede vivir con la sensación de haber escapado, que ese era uno de los peores látigos para la conciencia, Antonio.

Rebeca me besó la frente y me miró con una mueca de resguardo. Entendí, meses después, que era un rictus de disculpas: el parche antes de una herida de dudosa cicatrización. Durante décadas ella había visto profesores llorando, gritando, ensangrentados y heridos a bala, así como otros convertidos al activismo social en poblados australes y africanos.

Me sinceró que buscaban un profesor de lenguaje, ojalá soltero, sin hijos: alguien que, en otras palabras, no se le ocurriera pedir un aumento de sueldo improbable y casi ofensivo. Pero, sin duda, el requisito más importante era una estabilidad anímica: pisaba una de las zonas más álgidas de Santiago y sería ineludible involucrarme con alumnos y apoderados.

Rebeca me pidió ir a verla al colegio al día siguiente. Me dijo que debía ir en auto, que en el asiento del copiloto no dejara cosas de valor.

2

Apenas me bajé del auto, Rebeca me presentó a Silvia como el nuevo profesor jefe del octavo y yo sonreí desorientado. Te va encantar, me prometió Silvia, la inspectora general del colegio San Francisco, casi no tenemos hombres acá, serás el regalón, el bendito entre todas las mujeres.

Antes de las nueve Rebeca y Silvia me pasearon por los dos edificios del recinto, la sala de música, la multicancha, la biblioteca, el casino y el ático de la capilla donde pude contemplar el barrio. Me fijé en las botellas de vidrio amontonadas en los techos, los gatos inspeccionando bolsas de basura, las antenas de televisión satelital y las temerarias ampliaciones de algunos departamentos (palafitos tambaleantes adheridos, internamente, a los cuarenta metros cuadrados originales). También escuché puertas abriéndose y cerrándose, quiltros ladrando afónicos, un bolero antiguo y carraspeado desde algún rincón indefinido.

En un momento Silvia se quedó atrás y Rebeca me tomó del brazo decididamente.

Acomodándose sus lentes oscuros, me paseó por un jardín de orejas de oso y, deteniéndose frente a una virgencita blanca, comenzó a explicar el sistema de turnos para el almuerzo,

las rutinas de lectura oral y el sistema de notificaciones positivas y negativas. Me dijo que el colegio tenía dos años de existencia y crecía un curso al año. Que a partir de marzo llegaría hasta octavo y, ya el 2013, inauguraría la enseñanza media.

—Hay mucho trabajo por delante, Antonio, y tú vas a tener un papel fundamental para armar el departamento de Lenguaje —me alentó Rebeca, con un optimismo que no dejaba de aterrarme.

Y cuando me apuró a subir al tercer piso y ver las salas de sexto, séptimo y octavo, sentí la sangre en la frente, una presión en las orejas. Le pedí que por favor no me presionara: que siendo sincero, no estaba seguro de poder lidiar con delincuentes y balazos al aire, que respetaba y admiraba profundamente lo que hacían, pero que no iba a calzar allí, que no me imaginaba acercándome más allá de lo necesario, que una cosa era presumir una conciencia social y, otra muy distinta, era ser valiente, que en el fondo, yo no era de los que luchan: era apenas de los que reclaman.

En ese momento Rebeca me traspasó un silencio afilado y, manejando una estrategia efectiva, comenzó lentamente a disculparse.

—No era mi intención apurarte, Antonio… Y tienes razón. Acá te metes hasta el tuétano, no es un colegio tranquilo. Si no estás seguro debería buscar otra persona.

No recuerdo cómo llegué a los estacionamientos. No sé si me despedí de Rebeca, o si me alejé desesperado mientras ella contestó el celular. Tal vez ella se quedó hablando y yo me desplacé entre sillas apiladas y cajas con pliegues de cartulina. No alcanzo a despejarlo. Pero lo que sí revivo es que un

peso me detuvo en el auto, que dejé el motor andando unos minutos, cambié varias veces la radio y, minutos después, el portero Hilario –un anciano con el cuello quemado– me abrió la reja del estacionamiento y yo comencé a escapar de la incomodidad, de la pobreza. Tantas veces hablando sobre igualdad y justicia, pero, finalmente, era apenas un snob que cambiaba el mundo tomando vodka, exponiendo cifras y noticias. Después de todo, nunca me había entrometido en políticas sociales más allá de pedir becas de escritura al gobierno.

Y así pensaba en voz alta cuando tuve que detener el auto en la esquina del colegio. Un grupo de niños había abierto un grifo y jugaban a empujarse en medio de un chorro violento e intermitente.

Miré los pasajes aledaños buscando una salida a la autopista, pero dos veinteañeros golpearon el parabrisas y comenzaron a rasgarlo con un cuchillo, a rayar el capó, a darle puñetazos al techo.

—¿Se te perdió algo por acá, conchetumadre? ¿Erís tira, culiao? ¿Erís tira? ¿Andai comprando merca, hueón?

En segundos uno de ellos ya estaba dentro del auto y, sintiendo un destornillador en la garganta, les dije que se llevaran el auto, que por favor me dejaran ir, que no era tira ni andaba buscando coca, que solo era profesor del colegio…

Aquí parecieron confundidos y me pidieron repetir la última frase.

—¿De cuál colegio, hueón? —me preguntó, desde atrás, el más violento.

—El de la esquina, el San Francisco… Preparamos las clases, empiezan el lunes.

—¿Me estai hueviando? ¿Y cómo te llamai vos? —me preguntó el de afuera, bajando el cuchillo, salpicando saliva.

—Antonio… Antonio. Pero soy nuevo. Entro este año. Voy a reemplazar a la profe de Lenguaje.

—¿Echaron a esa sapa culiá? Qué bueno, me caía como el pico. Dicen que trataba como las huevas a los pendejos, se enojaba y los mandaba a la chucha.

—¿Cuál era esa hueona? —preguntó el de adentro—. ¿La guatona culiá con rulos? ¿La del auto amarillo?

—Sí. Esa chancha culiá. A mi sobrino le caía como el pico. Vivía llamando a mi hermana porque el pendejo se portaba mal o no traía los materiales, o cualquier hueá maricona… Oye, flaquito, puta, ponle bueno entonces. Los cabros necesitan un hombre adentro, mucha mina y vieja en esa hueá. Aunque te veís bien amariconado, a los pendejos les va a gustar tener un profe hombre. ¿A qué cursos le vai a hacer?

—Al octavo. Al séptimo… Al sexto, parece.

—En ese va mi sobrino, poh hueón —me contó el de adentro—. El cabro culiao pasó raspando, yo veo que es más flojo que la chucha. También va mi hermanita al colegio, pero es más chica, va como en kínder o primero. Tiene una tía bien rica la pendeja, una tetona cara de caliente.

—Mi sobrina va en quinto, parece —replicó el otro—. Es re piola sí. Ni habla la pendeja… ¡Vos tenís que sacarle el habla a los cabros, flaco!, darles personalidad. El mundo está lleno de hueones pavos, y esos acá no sirven, no sobreviven.

—Sigue no más —el de atrás me pegó el último palmazo en la nuca y se bajó del auto—. Ándate con cuidado sí,

que acá está lleno de hueones flaites. Tenís que ponerle esa calcomanía del colegio al auto, sino los culiaos te van a cogotear entero.

—Gracias. La voy a pedir ahora.

—Ándate no más, flaquito —me dijo el de afuera, y tiró un escupo perfectamente dirigido a un perro que hurgaba en unas bolsas de basura.

—Vaya no más, socio —me despidió el otro—. Ah, y yo soy el Tito, pa cualquier cosa —me estiró la mano y mostró unos ojos verdes y enrojecidos. Llevaba una camisa sin abotonar y una cadena de plata—. Le voy a decir a mi sobrino que conocí a su profe. Tenís que tener cortito al pendejo culiao. Que no se te suba por el chorro.

Durante el año, cada vez que me llevaron a la capilla del colegio recordé el tatuaje de Tito en el pecho: unas letras indescifrables que rodeaban un enorme crucifijo donde una boa reemplazaba a Cristo.

Cuando ambos se perdieron en un pasaje, di la vuelta en U y regresé al colegio con una mezcla de terror y vergüenza. El portero Hilario me abrió nuevamente y, al verme volver, Rebeca bajó con un ritmo seguro y delicado.

—¿Quieres conocer mi oficina? —me preguntó con una sonrisa medida.

Pero yo no pude contestar, y Rebeca miró el cielo, se cruzó de brazos y tuvo el impulso de acariciarme la cabeza.

—Te estás quedando pelado, Antonio. Si te conocí de niño imagínate lo vieja que me siento.

3

Apenas tres días después, cerca de las diez de la mañana, sonreí delante de una biblioteca llena de profesores y funcionarios que miraban hipnotizados o aletargados. El director me llamó a su lado y, apoyándose en mi hombro, pidió un aplauso de bienvenida frente al escrutinio de los colegas que parecían anotar cualquiera de sus indicaciones.

Desde la tarima vi codazos y risas, vi conversaciones al oído, vi incluso la persignación de una señora mientras el director anunciaba la confianza que me tenía Dios y el colegio en el desafío de contener el octavo básico: mi responsabilidad frente a adolescentes inminentemente cercanos a la droga, a la deserción escolar, al embarazo deseado y no deseado.

Las palabras del director Moisés Ávalos podrían haberse alargado, pero el grito de la profesora de Religión interrumpió mi presentación cuando volteó una taza en sus rodillas. Pude ver desde adelante cómo algunas profesoras corrían a ayudarla, mientras otras se tapaban las bocas para controlar una carcajada razonable. En medio de los alaridos, conté solamente a tres profesores hombres entre decenas de profesoras, bibliotecarias y parvularias

que parecían hablarse y no escucharse en medio de un griterío inmanejable.

Aprovechando el escándalo, pude escapar del protagonismo y refugiarme en un costado de la biblioteca. Sin pararme del asiento, estiré el brazo y comencé a hojear un libro infantil titulado *El viaje de la familia rinoceronte*. Abrí el cuento ilustrado y se desprendieron unos rinocerontes de cartulina: estos podían mover sus patas si se tiraban las flechas salidas de sus lomos.

Al levantar la cabeza y girarme hacia la puerta apareció ella.

Su rostro quedó encuadrado en el espacio que dejaban la madre y el hijo rinoceronte.

Estaba de pie, de brazos cruzados, estiraba el cuello. Era la única que no atendía la conmoción de la profesora quemada, sino miraba el patio del colegio: pude notar que seguía a un gato que olfateaba el pasto alrededor de la virgencita.

Antes de irme esa tarde supe que ella era la psicóloga del colegio. Y esa misma tarde escuché a las profesoras de Matemáticas e Historia comentando sobre su nuevo corte de pelo y el diseño de su vestido. También dijeron que de seguro era bulímica, que no podía estar tan delgada si vivía comiendo los chocolates que le regalaban los niños y apoderados.

Quizás debí inventar excusas, pero, al final del día, acepté ir a tomar cerveza con los tres profesores hombres a la terraza de un mall en Vespucio Norte. Y, después de escuchar los roles y distinciones de cada profesora (la sapa, la mitómana, la copuchenta, la piola, la tetona, la cínica, la más puta), llegué esa tarde a la casa de mi madre con un miedo insistente a involucrarme, a dejarme conocer y tener que escuchar a mis compañeros de trabajo.

4

Ese primer lunes de marzo debí sonreír y pronunciar mi nombre a tres apoderadas que me esperaban fuera de la sala de profesores con regalos, consejos y encargos de protección especial.

La mamá de Martín me pidió tener ojo con dos compañeros que no olvidaban la vez que su hijo se cagó en un paseo a la piscina. La mamá de Ayleen me advirtió que el papá de Pedrito solía abrir autos en los bingos y kermeses. La mamá de Nicole, en tanto, la señora Perpetua, me recomendó poner atención sobre Exequiel, uno de mis alumnos más atentos y silenciosos. Me explicó que como Exequiel era muy callado, nadie se daba cuenta cuando robaba lápices, tijeras o colaciones.

—Es como una enfermedad, profesor —me dijo la señora Perpetua—, mire que yo conozco a la madre de toda la vida y, aunque no es de las mejores vecinas, no es de las que mandan a robar a los críos.

Pasado las ocho y cuarto, las apoderadas me entregaron una pulsera de San Expedito y abandonaron la sala. Mis alumnos, en tanto, me miraron curiosos y, por única vez durante el año, se inmovilizaron en sus bancos.

Acomodé mi bolso en la mesa, mi chaqueta en la silla, e hice una pregunta destinada a romper el hielo.

—A ver, ¿a quién no le gusta el ramo de Lenguaje?

Pero nadie atendió la ironía y, por primera vez, comencé un discurso inseguro y exagerado sobre la importancia de las diferencias. Les dije que mi misión como profesor era, precisamente, enfatizar que nadie es mejor ni peor que otro, pero cuando advertí mis dispersiones y reiteraciones, le pedí la palabra a Pati, la niña más cabezona y competitiva del curso.

—A ver, linda. Dime tu nombre y un comentario al respecto.

—¿Cómo?

—Tu nombre y un comentario al respecto. ¿Qué opinas tú sobre la importancia de respetar las diferencias? —pero Pati no contestó la pregunta, tapó su cara enrojecida con sus crespos y, cuando ya me disponía a cambiar de tema, pareció vomitar una duda razonable.

—Tío… ¿cómo se llama usted?

Y con eso se sepultaron mis peroratas. Felicité a Pati por la pregunta, escribí mi nombre en la pizarra y les dije que, ahora sí, necesitaba conocer a cada uno. Pero no solo sus nombres, recalqué, sino sus intereses, sus agrados y desagrados.

Mientras Francisco y Tiare, los otros recién llegados, mencionaban sus nombres y hobbies, me fijé que Gabriel leía un libro diminuto y desatendía lo que ocurría en la sala. Estaba en el último puesto de la fila izquierda, no tenía compañero de banco y era el único que no vestía la cotona ploma con la insignia del colegio. Como no quería reconocerse como

alumno nuevo, Pablo y Nicolás terminaron apuntándolo tímidamente desde sus puestos.

—Gracias, Tiare, toma asiento. Será muy bueno conocerte este año, ojalá en alguna clase nos hables más de Justin Bieber: en Lenguaje trabajaremos las biografías. A ver, ¿quién falta?… ¡Tú! —me acerqué a Gabriel y reposé mi mano en su antebrazo—. Por favor, pasa adelante, cuéntanos de ti. Ya sabemos al menos que te gusta leer. ¿Cuál es tu nombre?

Gabriel se demoró unos segundos en terminar la página, corrió la silla hacia atrás y caminó hasta el pizarrón. Ya adelante, arrugó el ceño, encerró un puño en la palma de la otra mano y fijó la vista en distintos puntos donde nadie pudiera cruzarle miradas: en el techo, en el mural del fondo de la sala, en la antena telefónica vecina al colegio.

Como profesor jefe me correspondía preguntarle el nombre completo, alentarlo a que hablara de sus afinidades, pero mi voz se trancó y comencé a preguntarme eso que nunca pude responder: ¿qué escondía mi alumno en esa actitud grosera y desafiante?

Aunque ninguno de mis cuarenta estudiantes me conocía esa mañana, la mayoría tuvo el impulso de voltear sus cabezas hacia mí, tal vez en un espontáneo acto de denuncia o protección. Pablo se calmó por primera vez, Jocelyn se rascó la palma de una mano y Pati masticó la tapa de un lápiz pasta. Gabriel empezó a toser y, cuando le pedí que botara el chicle, avanzó engreído y escupió el proyectil encestándolo en el basurero.

—Veamos. Eres el último de los nuevos en presentarse. Por favor, dinos tu nombre, cuéntanos qué te gusta y qué te gustaría encontrar en el colegio…

Y así fue la primera vez que lo escuché hablar. Al modular enrojecía, salpicaba saliva y encogía los ojos.

—Gabriel Ángel Díaz Ahumada es mi nombre, profesor. Y no sé si puedo contestarle su pregunta: hay días que me gustan algunas cosas, pero otros días que me gustan otras. Y tampoco podría decirle qué espero del colegio: la verdad, no me interesa mucho lo que pueda pasar en el futuro.

—Mucho gusto en conocerte, Gabriel… ¿Pero qué te gusta hoy, por ejemplo? ¿Qué temas o cosas te han gustado esta última semana?

—Las capas del espacio y las placas tectónicas. También la Segunda Guerra Mundial.

—Bien, ¿te gusta la Historia?

—No. Solo algunas cosas. La Geografía no me gusta por ejemplo.

—Pero la Geografía es otra cosa.

—No. El ramo se llama Historia y Geografía. Es lo mismo.

—Sí, se llama así. Pero, según entiendo, y quizás también tus compañeros, la historia son los sucesos ocurridos en el tiempo, y la geografía, en tanto, abarca las características de los lugares.

—No estoy de acuerdo, profesor. Cuando te pasan el desierto, por ejemplo, te dicen que allí se encuentran fósiles de dinosaurios o jarros de los incas. Eso es Historia. También Geografía.

—Sí, es cierto, mirándolo desde de ese lado tienes razón. Y, a ver, Gabriel, ¿cómo te definirías? ¿Qué virtudes o defectos podemos encontrar en ti? —Los momentos inéditos de seguro llevan a emitir preguntas repudiables.